

Y tú, gran señor, excelso Virrey,
 que á fuer de tu celo sus triunfos dilatas,
 si el ardor que Filipo renueva
 en tu pecho benigno trasladas,
 recibe afectuoso en voz de tu culto
 los nobles afectos que amor le consagra,
 que gozando de esencias de ruego
 abran de volar esplendor á sus alas.
 Y perdona no acierte á expandir
 del Marte español virtudes y hazañas,
 que en Filipo no fueran blasones
 si el concepto en mí llegase á alabanza.

De don Pedro de Peralta:

OCTAVAS

Hoy, divina Caliope, sonora
 oiga tu voz que mi temor destierra,
 cuanto la Aurora ilustra y Febo dora,
 cuanto el Bootes y Centauro encierra;
 y á la luz que en tu influjo se atesora
 etéreo el aire, fúlgida la tierra,
 se hallen al habitar sus claridades
 transformados los hombres en deidades.

Hoy que cuando, en espiras vorticosas
 da un giro la cuadriga radiante
 por heroicidades generosas
 cumple luces Apolo más brillante;
 voces me inspire el mismo numerosas
 con que sus años no, sus glorias cante,
 pues según los trabajan sus grandezas
 no parecen edad sino proezas.

Nació, mal digo, iluminó el oriente,
 Filipo, nuevo sol que en luces baña
 dos orbes, ostentándose igualmente
 en Francia Infante, y Príncipe de España.
 Tal que para que crezca refulgente
 al solio Jove, Marte á la campaña,
 á Versalles, gloriosa en su fortuna,
 le envió Madrid su trono para cuna

La sucesión instaba gloriosa
 cuando la que los reinos determina,
 hija de Themis, toma luminosa
 la igual balanza que jamás inclina;
 en una y otra parte ponderosa
 los Lirios y las Aguilas combina,

y halló excediendo en solidez sumas
 preponderar las hojas á las plumas.

Del cielo entonces que el suceso aclama
 Astrea más brillante se desprende,
 y de la Lis la triplicada llama
 segunda vez como blasón descende:
 deja á Eurigone el templo de la Fama
 haciendo oficio, en tal ardor se enciende
 que, sonando la trompa en tal victoria,
 la Justicia se vió mudada en Gloria.

Al Mercurio español va apresurada
 á cuyo celo fiel, juicio profundo
 en el Tajo y el Sena dió lograda
 de dos ríos la unión timbre segundo;
 porque á la monarquía que exaltada
 vasta domina en uno y otro mundo,
 de la Real Majestad su alta asistencia
 lo que imagen llenó vuestra presencia.

De mano de dos genios que radiantes
 de la deidad el séquito ilustraban
 toma hermosa corona, en que brillantes
 en sí mismos los astros se engastaban;
 en sus florones veinte y dos diamantes
 los íberos dominios se cifraban,
 del buril pareciendo á los primores
 los vasallos del oro habitadores.

Oh! Excelso Embajador, la diosa dice,
 esta que regia ves luciente zona
 al augusto Borbón lleva felice
 y de obediencia aprenda á ser corona:
 sabio cincel en ella le predice
 las que el destierro glorias le eslabona,
 para que sus laureles allí impresos
 no hagan más que copiarle los sucesos.

No ya en la fragua de Vulcano ardiente
 Esterope labró la obra admirable,
 como la que al tirano dió valiente
 de Paphos la deidad siempre adorable.
 La materia dió el cielo refulgente,
 la virtud la ha forjado infatigable,
 fundiendo en ella héroes españoles,
 en trece siglos infinitos soles.

Allí la real verás pompa primera
 con que ya Hispano el céltico Mavorte,
 que honor á Jove y luz á Apolo diera,
 entra feliz la carpentana corte;
 juntos la tierra ocupan y la esfera

hombres y dioses con igual trasporte,
cabiendo, cuando el nombre resonaba,
en los cortos espacios que dejaba.

Allí se ven el campo de Luzara
sobre un hijo del zéfiro fogoso,
viento si corre, escollo cuando para,
antes que combatiente glorioso;
sólo tardó el triunfar, porque triunfara;
pues el lidiar del brazo valeroso
no habiendo en la batalla contingencia
no parecía acción, sino influencia.

Rotos luego sus vínculos Feciales
sus laureles trasplanta sobre el Duero
que, ó fugitivo corre en sus raudales
ó se hiela al temor del real guerrero.
Conquistada la Beyra en riesgos tales
tiembla Lisboa al golpe de su acero,
y de la estirpe de Héctor á las Lises
teme caer la fundación de Ulises.

Allá entrando en Madrid el Lusitano
recupera el real joven Febeo
el escalado Olimpo soberano
fulminando el sacrilego deseo;
huye el pueblo de Luso, pero en vano
que cada roca dejará un trofeo;
vuelve el Borbón y en tal triunfo viene
que á fuerza de traerle le detiene.

Después el de Barvic, triunfante Estuardo,
el rayo cometiendo de la guerra
con fuego que jamás despide tardo,
los enemigos en Almanza aterra;
el Aguila gimió y gimió el Leopardo,
las Quinas dan con el escudo en tierra,
Filipo, en fin, el trono se afianza
y allí espira de Carlos la esperanza.

Aquí, excelso Marqués, prosigue Astrea,
verás en medio de Diadema—Ibero
la alta efigie inmortal del que desea,
sin sucederle sucesor guerrero;
ya desde ahora la Fama le vocea:
Tú Fernando serás, tú Luís primero;
y tú ¡oh gran Sentmanat! el que en su oriente
templo le labrarás del occidente.

Esta á Filipo, pues, por suerte justa
lleva corona del mayor imperio,
y tú la cópia llevarás augusta
de su alta majestad á otro hemisferio

en cuya rica vastidad adusta,
dando envidia el indiano al clima hesperio,
te eternices tan bien que, en tu renombre,
dure tanto el gobierno como el nombre.

Dijo; y del aire al ámbito inconstante
fijando un surco de esplendor su huella,
del coro acompañada más brillante
su signo repitió la virgen bella:
Viva Filipo, un orbe dice amante;
y en glorias que el olvido nunca sella,
según en eco fiel le corresponde,
EMANUEL, el otro orbe le responde.

Don Luís Antonio de Oviedo y Herrera, de la orden de Santiago, Conde de la Granja, envió á esta Academia el siguiente soneto:

Felipe ó Marte, pues planeta quinto
sois, si él del cielo, vos del orbe hispano;
tan uno, en lo guerrero y soberano,
que solo en excederle sois distinto.

Gran nieto de ambos Carlos, cuyo extinto
espíritu renace en vuestra mano:
el Bátavo lo diga y el Britano,
ó vuestro estoque ya en su sangre tinto.

El Imperio Germano al vuestro cede;
Lusitania os aclama (aunque alevosa)
conquistador á un tiempo y heredero.

Ya Italia dar a Europa ley no puede
como antes, porque teme en vos, medrosa,
más que el brazo del cetro el del acero.

De don Jerónimo de Monforte:

Luciente sol de cuyos resplandores
vida reciben todas las estrellas,
difundiendo tan pródidas centellas
cuantas luces les prestan tus ardores.

las glorias de tus triunfos superiores
á tanto llegan, que te aclaman ellas
en mudas, claras elocuencias, bellas,
con inmortal idioma de esplendores.

Vive de la Fortuna venerado,
manejando el valor que te ilumina
el cetro real como el acero airado.

Mas ¡oh, piedad que copias la divina!
siendo á leales y émulos sagrado,
pues en tí hallan asilo y no ruina. (1)

VEJAMEN

que dió á los ingenios de la Academia, como su Fiscal, el Excmo. señor marqués de Castell-dos-Rius.

INTRODUCCIÓN

Ea, señores, paciencia, que, por decreto de 19 de diciembre, se ha dado Vista al señor Fiscal de una petición y escrito dilatado que presentaron algunos poetas francos, contra los de esta Academia, con lo cual se mandó prenderles y ponerles en reclusión, mientras se les hacían públicas y patentes sus faltas, no obstante la contradicción que opusieron en esta copla:

No á los foráneos atienda
el acuerdo en este caso,
porque, por poetas y locos,
también son desaforados.

Con esta resolución decisiva, que se mandó ejecutar con toda precisión, se me ha ordenado á mí que los busque, prenda y dé vejamen; y aplicando toda mi obediencia á tan superior precepto, aunque un vejamen tiene muchas hechuras, no obstante de ser yo tan mal sastre, reconocí que no la tenía de escusarme; y aunque me será tan costoso el hacerle, le había de ajustar mi obediencia, sin poder dilatarlo, cuyo empeño me será bien dificultoso, en el cual no podré dejar de quedar mal, por lo mal que habré de decir

(1) Exceptuando el discreto soneto de Bermúdez y los de Monforte y el conde de la Granja, es imposible descifrar lo que quisieron decir los demás poetas. El marqués del Villar del Tajo, don Manuel de Rojas, y más que todos el peruano Peralta, son incomprensibles.—R. P.

de lo bien que siento de todos ellos y de lo que con tanto acierto escriben.

Pero, en fin, en lance tal
yo he de obedecer á quien
me lo manda, mal ó bien,
vejándoles bien ó mal.

Y cuando los motivos mencionados eran bastantes al retiro, veo que hace este empeño más dificultoso el saber que, en una comisión como ésta, (puesto ú oficio, por no decir cargo, que este sólo á mi insuficiente le toca) se había mentalmente empleado, en otra ocasión, el lucidísimo ingenio y nunca bastantemente ponderado del licenciado don Miguel Cascante, según se refirió á mí, indigno oyente suyo, un día que asistió á mi mesa después de comer,

quien quiso, como adivino
del empeño en que hoy me pone,
darme el picante en los platos
y la dulzura en los postres.

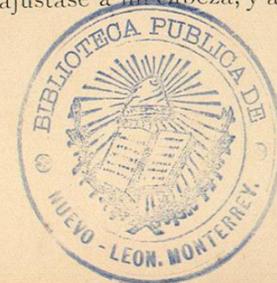
Y aunque, en mi idea están impresas las floridas huellas del camino del acierto, no sé si daré el paso de la admiración logrando el feliz arribo de la alabanza:

pues si viere de vejarle,
en la parte ó en el todo
de lo que escribe, no hay modo
sino con el de alabarle.

Y que por ellas mismas, como senda, podía dichosamente conducirme; pero porque en todo se diga que voy fuera de camino, pues me desvió de ella, he de echar por otra á Apolo y la ventura; y si nuestro decantado Cascante corrió tan aprisa la carrera que emprendió su capacidad para el aplauso con los otros poetas memorables como él, ó con los pies que con talaes les calzó la esperanza, ó con las alas que le dió su ingenio, hijas de sus mismas plumas, á mí, que me faltan lo uno y lo otro, me será preciso, que ya que no he de llegar al fin á que me empeño, y que para hacer de correr me falta desde luego el aliento, me vaya muy poco á poco, así para loarlos, como para vejarles, y también sabiendo que estas cosas no se han de tomar muy de prisa, y porque

no quiero que los poetas
digan de mi ingenio tardo
qué, á más de quedar corrido,
me reconocen cansado.

Yo, en fin, para cumplir con este oficio (que me lo hace tan malo) he buscado todos estos días atrás, desde que se me dió la comisión, una idea que se ajustase á mi cabeza, y al mismo tiem-



po me sirviese de planta para el deseado desempeño, y apenas la he topado por más que he revuelto á Platón, sino una que he traído conmigo todo este tiempo, dejándome llevar de ella; pero ya me acuso, pues

según en mí considero,
es fuerza que no la emita;
porque no podrá servirme
aquí de puro traída.

Discurrí no hurtar á nadie (que no sé si será fácil) y luego en subirme á un campanario, que donde van ellos van ellas (refrán con alegoría á los poetas y campanas) con los deseos de verme en puesto más alto, y con la consideración de que era cosa eminente el hacerlo, y que desde allí podría descubrir á los señores poetas; y al tiempo que estuve para poner el pie en el primer escalón, con las fatigas de subir presto deseando tanto el descanso, pensé que

el subirse á un campanario,
porque en él mi idea logre,
además de ser locura
era idea de *La Torre*.

autor tan digno, como saben todos, de que se le dé lugar en esta lustrosa Academia, de que podría quedar desvanecido y gustoso. Visto que ya esto no era posible, pensé formar una batalla sangrienta de las venas de los poetas y castellanos, porque con eso podría ser que, si reñían las comadres Musas de los partos de su ingenio, se dirían las verdades; pero tampoco pudo ser esto, hallándolo prohibido en esta copla:

Esa batalla sangrienta
es una idea intratable
de enfermedad peligrosa,
porque es idea de un cáncer.

Tomé tan á pechos este temor que la dejé también, y habiéndome entendido que en opinión de algunos el cuerpo de la luna era habitable, discurrí, para subir allá, (juzgando que sería cosa de los cielos) ave cuidadosa en alas de mi deseo; y salíome Anastasio Pantaleón al encuentro, que pude tenerlo á suerte, en la baraja de mis discursos, en que juego con tantos, diciéndome que aquella era habitación suya, y que no podría navegarla la nave de mi cuidado entre las olas de mi confusión, porque tenía un norte de dificultades, que reconocí que no podría vencer; con que conociéndome, me aparté de la imitación que había discurrido diciéndome á mí mismo, cuando no tengo en la Poesía mano derecha, ni con la zurda soy diestro, y no ignoro de qué pie cojeo, que

Siendo yo autor manco y cojo,
en vano puedo imitarle,
ya sea Pantaleón poeta
ó sea pantaleón baile.

Recogí las velas del discurso que había dado al intento de tanta importancia, y queriendo echar por otro rumbo, para descubrir á estos poetas corsarios, puse la proa para irme á algún paraje donde pudiese ver volar sus plumas hasta la más remontada esfera del acierto, ó despeñarse sin riesgo hasta el invariable centro del aplauso; pero don Rodrigo Artes, inmortal cisne del Turia, me lo impidió, ocasionando mayores temores á mi insuficiencia su nombre, porque

el ver despeñar las plumas
de estos poetas elegantes,
solo á un Artes se concede
que supo tener mil artes.

Cansado, pues, fatigado y trabajado de tanta prolija diligencia, que desde ahora pongo por hecha ante el Tribunal superior que me confirió la comisión aceptada, referiré para descargo de mi encargo, cómo habiendo llegado la noche.... ¿noche dije? pues ya me convida el sueño, y ya los señores poetas que todo lo oyen, aunque de lejos

pues para medir los versos
y que corran con estilo
cadente, sé yo que tienen
todos delicado oído,

discurren que siendo yo el que me quiero dormir, les haga para ellos la cama; agradezcánmelo (si esto fuere) y no lo extrañen, pues el sueño les ha de ser buen padrino para la censura que esperan, y así

el dormir han de estimarme
en el vejamen que trazo
ahora en el sueño, pues
no tengo el sueño pesado.

Pero no se consuelen tampoco con eso, que puede ser que al mismo paso, que no le tengo pesado, despierte fácilmente y entonces no sé lo que podrá suceder. Digo, pues, que me dormí con la imaginación de buscar á los poetas, cuando en sueños me representó la fantasía que estaban en el monte Olimpo, adonde me parecía á mí que había de hallarlos; y adonde me arrebató ella misma de un vuelo; pero luego me desengañó de mi esperanza una inscripción profética que, en las permanentes cenizas de su cumbre, decía en una copla de esta manera: